ANACORETAS

LAUREANO RAMIREZ

Image not found.

Capítulo 1

ANACORETAS

En este jergón casi pétreo, invadido de seres parasitarios y harto maloliente, me encuentro postrado en cuerpo, pero no en mis pensamientos. Parece mentira que un soporte tan indigno pueda ser también el vehículo que me transporte a mundos ignotos y maravillosamente oníricos.

Un saco de pienso podrido, revestido de retales de rafia, hace las veces de almohada. Pero, al igual que el jergón, es capaz de transportarme a estados mentales, donde nada es imposible y todo cobra un inusitado interés.

El hipogeo donde estoy en contacto con la madre tierra tiene paredes frías y húmedas, y el angosto hueco que hay en la parte superior apenas deja pasar unos tenues rayos de luz al amanecer. Pero es en ese horadado cubículo donde escribo mis pensamientos y donde, de forma incomprensible, recibo la inspiración necesaria para tal menester.

Mientras cumplo mi designio, pienso en los seres libres; esos que circulan por las calles, caminando o a bordo de algún vehículo. Esos que están sujetos a horarios y a comportamientos impuestos por la mano que les da de comer. Esos que sufren el gran engaño de creerse libres cuando en realidad son más cautivos que yo mismo.

Cada noche recito algunos sonetos de Quevedo, recuerdo en mi mente el Adagio Molto de la Novena de Beethoven y visualizo algunas obras del gran Dalí... Luego me quedo dormido.

Es posible que no vuelva a ver nunca más un amanecer ni una puesta del sol en la orilla del mar. Esas son las cosas que de verdad echo de menos, pero, no "libertad" que disfrutaba antes de mi reclusión.

Y todo lo anterior me lleva a pensar que todo está en nosotros mismos: a Dios lo hallaremos en nuestro interior y, así, todo cuanto deseemos se encuentra en nosotros, en nuestros cuerpos. Nada tiene la sociedad que ofrecernos a los que creemos en el autotrascendimiento.